Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica **1928** Sábado 25 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

Geografía y Política

El escenario de la tragedia americana

=De *El Sol*. Madrid.=



1.—Tragedia americana es el creciente dominio de las Américas Central y Meridional por la del Norte: fenómeno natural, como los terremotos, las erupciones volcánicas, las mareas, y como el desecamiento de ciertas regiones del planeta. No nace de la oposición entre las aptitudes de las diversas razas; antes, esa oposición es en gran parte consecuencia del escenario geográfico. Un germano, un sajón, un finnés trasladado al trópico da, a la segunda, lo más tarde a la tercera generación, un hombre tropical análogo al brasileño del Purus o del río Negro. El norteamericano de la más pura procedencia inglesa retrocede por la sola influencia del ambiente geográfico, sin la menor mezcla de sangre indígena, hacia el tipo hurón o algonquino. Hay, pues, un elemento invariable, irreductible, en el conflicto que vamos a estudiar. Hay también otros que no lo son o que lo son en menor grado. Nuestro estudio debe abarcarlos todos, o, por más que estudiemos, no llegaremos a aprender nada; que es lo que les sucede a infinito número de estudiantes de esta materia, desorientados y en perpetua digresión oratoria en la superficie de ella.

Según tantas veces tengo dicho, todo problema político es la consecuencia de un tema de Geografía humana. No es posible resolver aquél sin conocerle a éste bajo todos sus aspectos, y para llegar a tal conocimiento no hemos de pesquisar en él como filósofos, ni como sociólogos, ni como partidarios de esta o aquella manera de gobierno, sino como naturalistas. La filosofía, la sociología, la política, vienen después.

No hay sociedad, grande o pequeña, incipiente o constituída, que no entre en esta definición: un grupo humano actuando en una porción de terreno; o sea: un cuadro natural, o escenario, habitado por gente que en él encuentra los elementos indispensables para su subsistencia. Entre estos dos factores primordiales existe una lucha esencial: el escenario tiende a producir un determinado tipo de hombre; el hombre pugna por llegar a la adaptación, alterando el escenario: construyendo viviendas, trazando caminos, talando bosques, introduciendo cultivos y animales exóticos, desviando ríos, haciendo puertos, explotando el subsuelo, creándose al propio tiempo costumbres, ideas y sentimientos que, en fuerza de repetidos y trasmitidos de generación en generación, constituyen una economía y una ideología. Tres elementos gobiernan la contienda: continuidad (no cesa un instante), conexión (todos los hechos se enlazan y se influyen mutuamente; ninguno queda aislado), perpetuidad (la Naturaleza, como dispone de la eternidad, no tiene prisa ni hace punto; trasforma, no mata).

De los dos luchadores, ¿cuál será el más poderoso?

Sin duda, el productor, no el producido; la Naturaleza, no el hombre. El hombre tiene ante las fuerzas naturales mayores medios de acción que los animales, así como éstos los tienen superiores a los vegetales, casi indefensos; pero jamás el hombre logrará victoria completa sobre la madre que le parió. Ella, en cambio, por mucho que la altere la energía humana, siempre será la dominante. Así, el hombre no ha logrado esas victorias de su esfuerzo a que llamamos civilizaciones sino en ciertas regiones del Globo, todas ellas comprendidas en una zona de 30 grados de amplitud—entre el 30 y el 60—del hemisferio Norte, y sólo después de explorado y circunnavegado el planeta ha podido instalarse en los reducidos espacios australes equivalentes a aquélla. Pero en el camino tropezó con la alkazaba central de las dichas fuerzas naturales: la zona intertropical, Paraíso de la flora y de la fauna inferior, a la par que laboratorio misterioso donde, en la lobreguez impenetrable de selvas inmensas, grandes como vastos imperios, se fraguan, con humedad y calor perennes, formidables armas destinadas a exterminar al invasor. Allí, las civilizaciones de éste no cuajan. El problema de hacerlas cuajar está siendo vanamente tentado desde que los portugueses traspusieron el Ecuador y el equivocado Colón fue a dar con sus carabelas en el trópico americano.

Y he aquí la raíz de nuestro asunto. Las sociedades creadas en la América del Norte, en la zona propicia al desarrollo de las civilizaciones humanas, tienden a la expansión y a la conquista de aquellas otras que se han formado en la zona tórrida (o que se están formando), donde hasta ahora no hubo civilización alguna de origen europeo, ya que las existentes apenas cuentan cuatrocientos años de vida, y cuatrocientos años son un instante en la historia de la colonización de la Tierra.

Hallámonos, pues, ante un hecho nuevo. La tragedia es completamente original. Su argumento no ha sido estudiado. No es siquiera conocido. Nadie se ha tomado el trabajo de examinar con detenimiento el escenario en que se está representando.

Sin ese examen previo no hay medio de entender lo que sucede en América, ni tampoco de imaginar con alguna probabilidad de acierto lo que podrá suceder.

2.—Tomando un mapamundi luego advertimos que el Antiguo Continente está tendido de Este a Oeste, y que el eje mayor del Nuevo corre de Norte a Sur; de tal modo, que el segundo parece como atrevesado en el camido del primero. De este contraste síguense consecuencias muy importantes, que a su tiempo expondré.

Pero vemos también que, si prescindimos de la enorme masa asiática y comparamos la disposición de Europa y Africa, las cuales se continúan también de Norte a Sur, con la de las dos Américas, el paralelismo salta a la vista: Europa equivale a la América del Norte; Africa, a la del Sur, y la Península Ibérica, a la América Central, que las une, como nuestra Península unía estos dos continentes occidentales en recentísima época geológica. Diversos detalles significativos completan la analogía: al mar Báltico corresponde el de Hudson; al Mediterráneo, el mar de las Antillas; al sistema andino de Colombia, el sistema Atlántico de Berbería. La península de la Florida es como una Italia atrofiada que se prolonga hasta tocar a Cuba, Sici-

lia americana en escala mayor que la mediterránea y, como ella, trozo del puente que unía por aquella parte ambos continentes, no siendo las Antillas sino fragmento de un segundo istmo, hoy roto. Y así como en el istmo americano actual numerosos volcanes acusan la existencia de fuerzas plutónicas, recién extinguidas unas, vivas otras, así también, del estrecho gibraltareño a Palestina, a lo largo del Mediterráneo entero, se extiende una serie de volcanes famosos: Etna, Vesubio, Lípari, Santorín. En la misma línea están las Azores, foco de enlace entre ambas regiones plutónicas, y más al Sur, los gigantes ígneos del Atlas occidental, capitaneados por el Yebel Sirúa y por el pico de Teide (su avanzada en pleno Océano), como tendiendo las manos a los volcanes septentrionales del sistema andino. Pero aún es más significativa la simetría cuando, ya entre el trópico y el Ecuador, notamos cómo Africa y la América Meridional se acercan, interponiéndose entre ellas apenas unos tres mil kilómetros de mar, y cómo las regiones correspondientes nos presentan análogos caracteres desérticos y hasta llevan nombres parecidos: Sahara, la africana; Ceara, la americana.

Los dobles continentes tienen la cabeza en los hielos árticos, extienden sus cuerpos por la zona intermedia (templada) septentrional, luego por la tórrida, en la que se ensanchan, para estrecharse al entrar en la zona templada austral, en cuyas aguas acaban en punta, sin alcanzar la zona antártica. Descontada la región inmensa de los hielos árticos, incapaz de albergar sociedades humanas, vemos que éstas se aglomeran en la zona templada del Norte, donde el hombre alcanza hoy su máxima potencia creadora (y destructora); que se instalan y mantienen trabajosamente en la zona tórrida, luchando con un ambiente geográfico desfavorable y en muchas partes tan hostil como el glacial (el Infierno Verde amazónico y el *inlandsis* groelandés allá se van como escenarios de civilización), para reaparecer de nuevo pujantes, aunque en más reducido espapacio, al llegar a su extremidad austral, en la que se reproducen las circunstancias favorables de la zona templada del Septentrion.

Temperatura, humedad, morfología, se continúan y combinan para afirmar el paralelismo.

En el extremo Norte habitable hallamos dos regiones frías que pasan de un continente a otro: una, seca (Laponia, Canadá septentrional); otra, húmeda (selvas escandinava y canadiense, como que enlazadas por la inmensa selva siberiana: un anillo forestal, da en estas altas latitudes la vuelta al Globo). Después, las zonas de transición o templadas en que se divide Europa: la atlántica, o europea propiamente dicha, y la mediterránea, que es la verdaderamente transitiva, y que se prolongan a través de la América septentrional, de la Florida y el norte de la Luisiana al Canadá, o sea en el territorio de los Estados Unidos. Tras ella viene la zona árida y desértica, en la que parece, como queda dicho, que los dos continentes quieren enlazarse (Dakar-Pará). Luego, la vasta faja cálida y húmeda que va de trópico a trópico (Sudán, selvas del Congo y del Amazonas, Alto Zambeze, Alto Congo, Brasil (con las cabeceras de los ríos Tocantíns, Araguaya, Xingu, Tapajoz Madeira), la cuenca entera de San Francisco y toda la alta y media del Paraná y el Paraguay. Finalmente, la faja desértica del Kalahari, de ciertas comarcas patagónicas, de Atacama, seguidas de las extremidades finales, oceánicas, frías y húmedas.

En la verdadera zona de transición del Norte nacieron las primeras civilizaciones: Egipto, Caldea, Asiria, en la vecindad del Mediterráneo; la índica y china, en la dependencia de los mares orientales, que con su humedad constante y bien distribuída las engendraron. Todas estas primeras asociaciones fueron fluviales; esto es, producto de las ventajas que brindaba un gran río, suministrador de agua y vía de trasporte. Así, el Nilo hizo a Egipto; el Eufrates-Tigris, a Caldea y Asiria; el Ganges, a la India, y el Yang-Tse y el Hoang-Ho, a China, con la colaboración activa de los mares inmediatos: Mediterráneo, Golfo Pérsico, Océanos Indico y Pacífico. Siguió en Occidente el predominio del Mediterráneo, y en sus playas, como ramas en torno de un charco (la frase es de Platón, no mía), saltaron y alborotaron escandalosa y orgullosamente largos siglos, griegos, cartagineses y romanos, hasta que los hombres de la faja septentrional de la zona templada, servidos por nuevos instrumentos, movidos por nuevas necesidades e ideas, asumieron la dirección de los destinos del mundo. Esa faja septentrional, la que hemos llamado atlántica o europea, ha sido hasta ahora, desde entonces, la mayor fuente de energía humana. De ella se surte principalmente la América del Norte (Canadá, Estados Unidos).

La América Central y Meridional se han nutrido y nutren principalmente a los pechos de la otra zona, antes principal, hoy secundaria.

Vuélvase a mirar el mapa, y se verá cómo la función de cada una de estas zonas se ha reducido a prolongarse a través del Atlántico.

Son, pues, resultado inevitable del determinismo geográfico.

3.—Ahora, a las analogías sucede un contraste de la más alta significación política.

La Europa propiamente dicha, la oceánica, es una tierra formada por escenarios geográficos que se completan. Penínsulas y golfos se suceden en pintoresca colaboración, cual si el mar y la tierra se echasen el uno en brazos del otro. Las cuencas de los ríos se comunican, y cada río principal es un lazo de unión entre las diversas comarcas, y de éstas con los mares; de tal modo, que Basilea, en el centro del continente, al pie de los Alpes, distante mil doscientos kilómetros del mar del Norte, puede recibir de éste barcazas cargadas con seiscientas toneladas. La mayor de sus cordilleras, la alpina, es fácilmente trasponible y da en sus más escondidos pliegues grata hospitalidad a grupos humanos. Pero mil accidentes secundarios dividen en cuadros geográficos diferentes este escenario aparentemente uniforme. Sociedades aferradas a ellos, con tradiciones mentales desgraciadamente fomentadoras de odios, han levantado artificialmente fronteras que completaron y agravaron las naturales, en vez de esforzarse por llegar a la constitución de una unidad; error trascendente en el que han influído causas étnicas, históricas y geográficas de imposible examen en este rápido bosquejo y que a Europa le va a costar la pérdida de aquella superioridad de que hasta nuestros días gozó. Fáltale para ver confirmada sin remedio la catástrofe una nueva guerra, y ya la están neciamente preparando sus clases directoras, tan inferiores ante los problemas planteados como podrían serlo los animales mandones de un rebaño. Menos quizá, porque los animales tienen a su favor el instinto, y el hombre culto, empapado de la mala cultura ambiente, inútilmente pretende sustituir aquel seguro guía con las luces de un saber tonto.

La Naturaleza, en cambio, construyó en la América del Norte un escenario como destinado para una sola compañía y la representación de un solo drama, y se le brindó a la expansión europea, levantándole en la continuación de las mismas líneas de latitud de la Europa central y nórdica, y, por tanto, con la posibilidad de trasladar a la nueva vivienda fauna, flora, habitación, costumbres, añadiendo aún a este regalo el de la facilidad de las comunicaciones, la escasez de pobladores indígenas (por lo que se lo brindaba indefenso) y riquezas inauditas del subsuelo, tesoros acumulados por las edades geológicas precedentes para mayor gloria y esplendor del industrialismo y capitalismo extractor de ellos, pero no mal pagador, pues devuelve en millones de esqueletos (fosfatos y carbonatos de cal) de los muertos en las luchas por la conquista de esos bienes (hidrógenos carbonados y sulfurados, bajo diferentes combinaciones y formas) lo que de aquellas viejas acumulaciones tomara, y así, quién sabe si, sin darse cuenta, prepara nuevas minas a futuras generaciones supercivilizadas. Tal vez venga a ser ésta, rodando los siglos, la suerte final del soldado desconocido, a quien fúnebres personajes brindan diariamente coronas y otros homenajes.

Pero volvamos a nuestra Geografía.

El escenario norteamericano no reproduce la fisonomía, varia y pintoresca, de la Europa Occidental. Aseméjase a la grave y uniforme de la Oriental. Como Rusia, los Estados Unidos (y el Canadá, su complemento) son una llanura inmensa surcada por un río central gigantesco (allá, el Mississipí; acá, el Volga) corriendo de Norte a Sur; como el de Rusia, su clima es continental, es decir, extremado; como el de Rusia, su suelo es muy

apto para la producción de cereales; como el de Rusia, su subsuelo contiene incalculables tesoros petrolíferos, carboníferos y metalíferos. Está hecho, como Rusia, para contener una sola y descomunal entidad política («Las grandes llanuras hacen los grandes imperios», ha dicho Reclus), o sea para constituir una Europa compacta y única, en sustitución de las cisatlántica, múltiple y dividida, que no ha querido unirse.

En suma: los Estados Unidos son el industrialismo y el capitalismo británicos con territorio y espacio rusos, donde fácilmente germina el viejo espíritu zarista (revestido de ropaje político diferente), pero teniendo este conjunto sobre el ex-Imperio la inmensa ventaja de la doble fachada a los dos mayores mares del planeta. Y lo mismo que Rusia estaba condenada a crecer por tierra desmesuradamente, lo mismo los Estados Unidos se sienten compelidos al dominio de sus dos mares y del canal que los une; y luego, como el dominio del mar da el de la tierra, a la conquista del continente meridional que aquéllos circundan. Por eso la América del Sur, geográficamente dependiente de la del Norte, como Africa depende de Europa, se halla en peligro inminente de caer en dependencia política.

La pasada guerra preparó la solución del problema. La futura lo resolverá.

Gonzalo de Reparaz

A propósito de *Eurindia*

Eurindia, tomo V de las Obras de Ricardo Rojas. Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas. Librería La Facultad de Juan Roldán y Cía. Buenos Aires. 1924.

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Hace ya años, ante la evidencia de los cambios que iba operando en el país la llegada de grandes masas de inmigrantes, algunos pensadores argentinos conceptuaron conveniente reavivar en los nativos la conciencia de su nacionalidad; y fruto de tal preocupación fueron el florecimiento de los estudios destinados a ahondar el conocimiento de la historia patria y diversos ensayos de creación de un arte genuinamente nacional, comenzando por el teatro. Lanzóse entonces la palabra *Eurindia*, a modo de definición del complejo resultante de la mezcla de europeos e indígenas sobre el suelo americano y del tipo de vida producido como consecuencia de los efectos del territorio y del ambiente sobre esa fusión étnica. El vocablo ha sido aceptado en algunos círculos artísticos, aunque no involucra al elemento africano que, en su hora, contribuyó también a la formación de dicho complejo, dejó rastros sobre la tez de muchos criollos y ejerció influencia innegable sobre aquella población argentina de hace un siglo, caracterizada, según Sarmiento, por su incapacidad industrial y su amor a la ociosidad. Cabría notar todavía que en el consenso universal la palabra América define suficientemente bien al *mundus novus* como sitio donde la fusión de las razas, realizada en circunstancias muy favorables, ofrece excelentes perspectivas de mejora a la especie humana.

Desde este punto de vista resulta tan innecesario llamar *Eurindia* a la Argentina, como *Eurâfrica* a España so pretexto de que en algún momento de la historia hubo allí colonos o conquistadores africanos; aparte de que las voces *europeo* e *indio* se aplican indistintamente a muchas variedades humanas y no bastan para caracterizar a una sola de ellas como elemento inconfundible de nuestra nacionalidad. *Eurindia* definiría con igual imprecisión los resultados de la mezcla de portugueses y guaraníes en el Brasil, o la de franceses e indígenas en el Canadá.

Vistas las cosas más de cerca, tampoco es seguro que ese recuerdo dedicado a los indios en general corresponda al proyecto de conservar o aumentar la proporción de sus diversas razas o parcialidades en la actual población argentina. Probablemente nunca ha sabido nadie, ni aquí ni en otra parte, cuál fuese el tipo de cruza más deseable. Se atrajo a los extranjeros barruntando que con su venida mejoraríamos; conforme llegan más, mayor influencia ejercitan en la vida del país; y ante semejante resultado, algunos argentinos pretenden que en el juego hubo trampa, pues no debía resultar eso. Para ellos la legalidad consiste en que los extranjeros se argentinicen y los argentinos se queden como estaban. Con el fracaso, réstales todavía la esperanza de que el hijo criollo concluirá por renegar del padre inmigrante, como en la novela *Teodoro Foronda*, de Grandmontagne; esperanza que, por lo demás, no excluye la demostración hecha ya por Florencio Sánchez en *M'hijo el dotor*, de cómo a las veces reniega también el hijo argentino del padre gaucho.

Suponiendo fuera conveniente reconstituir ahora el tipo étnico de mezcla obtenido en tiempos del rey, tropezaríamos con una dificultad punto menos que insalvable: andamos escasos de materia prima. Casi no quedan indios en la República, y es justamente por tal motivo que nos hemos europeizado tan rápidamente. Nadie propone traerlos de fuera, fomentando una copiosa inmigración de indígenas de Bolivia, Perú Ecuador o México, con pasajes oficiales o sin ellos. Y si no los tenemos en casa ni los traemos de otra parte no se ve por dónde podríamos conservar o aumentar nuestra *eurindización* en lo sucesivo.

Aun sin tamaña dificultad, es el caso que no aparece ventaja alguna en volver los ojos al indio como elemento deseable para nuestra nacionalidad, después de haber tenido que luchar contra él y perseguirlo por no deseable. Bien lo sabían los argentinos de hace cincuenta años, más *eurindizados*, sin duda, que nosotros, pero que también conocieron más de cerca a los salvajes, cuando andaban sueltos, al natural, cometiendo fechorías por la pampa, rebeldes a todo argentinismo y a todo vínculo de solidaridad nacional. Salvo cierta tendencia a la *dejadez*, ya en vías de desaparecer, ¿qué resta de la influencia indígena sobre la actual población argentina? ¿Cuál de los rubros importantes de nuestra prosperidad puede referirse a sus esfuerzos o enseñanzas? No cabe señalar una sola industria autóctona, un solo método de producción, atribuible a los indios, que revele técnica superior, o comparable siquiera a las que trajimos de afuera. Todo lo indígena es primitivo, tosco, y lejos de perfeccionarse, tiende a desaparecer en cuanto se pone en competencia con los procedimientos importados. Las regiones más prósperas del país son aquellas en que el indio fué suplantado por gentes venidas de otras tierras; y lo propio ha ocurrido de un extremo a otro del continente americano, sin más excepción que la de aquellos lugares donde el trabajo debe prestarse por hombres hechos a la vida montaraz y a las sabandijas. Como lo ha dicho José Manuel Eizaguirre en su libro *El pasado en el presente*, la experiencia obtenida durante siglos es concluyente respecto de los indios de la llanura argentina:

«Ninguna tribu llegó a cultivar el trigo, no obstante ser evidente su utilidad, ni cuidaron los ganados, ni supieron utilizar al caballo para otra cosa que actos de pillaje... En vano diversos gobernadores, en cumplimiento de cédulas reales, retiraron los indios de Buenos Aires, de Tucumán y del Paraguay del poder de los encomenderos, fijándolos en pueblos: recibían semillas y ganados y prometían construir sus ranchos y cultivar chacras; pero apenas si construían con pieles de los mismos ganados pequeñas defensas contra el viento y la lluvia, hasta que consumidas todas las provisiones, como no dejaban nada donde habían vivido, levantaban los cueros y se ponían en marcha hacia otro punto del territorio que les brindase facilidad de caza o de pesca... La historia de los *malones* es la historia de la agresividad del indio nómade, que aprovechaba de los elementos traídos por los conquistadores y pobladores peninsulares, no a fin de mejorar su condición, sino para destruir la civilización que aquellos elementos comportaban».

Actualmente se utiliza la palabra *Eurindia* a modo de pabellón que ampare las tentativas de crear un arte nacional sobre la base de los modelos que ofrece nuestro paisaje, y el efecto que se supone produjo ese paisaje en los indígenas que lo contemplaron, cuando había indígenas. Debe admitirse para esto que el espectáculo no ha variado, y que quienes hoy lo admiran experimentan emociones estéticas semejantes a las de quienes vivieron sobre él antes; de donde se deduciría que restaurando el viejo arte indio, restableceríamos los vínculos de nuestra actual nacionalidad con el pasado y se lograría referir su origen a fecha muy remota.

Desgraciadamente, sucede que la parte más fértil y poblada del país está en la llanura, y que los primitivos habitantes de ésta no dedujeron de su contemplación tipo alguno de arte digno de ser restaurado. Tampoco lo crearon después los españoles, ni los negros, como resultado del efecto que les produjera el paisaje. Falla así el proyecto de mostrar como continuación y desarrollo de lo ocurrido en épocas pretéritas el arte que ahora logremos crear nosotros. Además, la vieja pampa ha cambiado bastante, y hay quienes creen que va perdiendo en carácter cuanto gana en arboledas, ferrocarriles y poblaciones, si bien ofrece ahora mayor variedad que cuando sus elementos decorativos se reducían al pasto puna, las lagunas [illegible] nubes.

Podemos, ciertamente, estilizar los alambrados, los alfalfares y los molinos de viento; si así nos place, podemos preferir los guanacos, los avestruces y las mulitas, pues también quedan algunos; mas ha de observarse que, en general, la nueva escuela no va por ahí: elige temas de la altiplanicie boliviana, que salvo una pequeña porción, casi desierta, es extranjera. Se nos dice: es americana, y basta; pero la hipótesis del paisaje único americano resulta insostenible, y carecería de sentido pretender que en el espíritu de los nacidos en este continente despiértase una misma emoción estética ora contemplen los bosques del Amazonas, las llanuras fértiles del Plata o la cumbre nevada del Chimborazo. De la diversidad de paisajes surgirían varios artes americanos distintos, fruto cada uno de

su ambiente, y no el arte nacional argentino, inconfundible, que se va buscando.

Elígese a la montaña como modelo porque en ella quedan todavía indígenas cuyo arte contemporáneo continúa al de la civilización incaica de otros tiempos. Un sencillo argumento basta, sin embargo, para demostrar hasta qué punto vamos errados por ese camino; y es éste: nuestra moderna tentativa de renacimiento del arte indígena halla muy escaso ambiente entre los indígenas. Para cimentarlo, no recurrimos a artistas indios, como parecería lógico, sino a blancos, hijos o nietos de europeos, cuando no europeos ellos mismos. Nadie habla de conceder becas a los indiecitos con facultades artísticas para que las desarrollen y creen la *genuina* escuela argentina del porvenir, mostrándonos bien eso que hemos dado en llamar el alma aborigen. ¿De dónde habrán sacado alma de indígenas peruanos estos artistas nuestros que, salvo rarísimas excepciones, no saben una palabra de quichua, no proyectan aprenderlo, no han nacido ni vivido en el Perú y no cuentan con un solo indio en toda su parentela? Lo que buscan en el aborigen es la nota exótica, que justamente por parecernos tal, ya está revelando no ser familiar para los argentinos aquello a que están acostumbrados por ser lo suyo. Si la pintura tornárase *nacional* con copiar cosas, hombres o paisajes que sólo pueden hallarse en algún rincón perdido de la República, pudiéramos presentar como artistas argentinos a muchísimos pintores extranjeros que utilizaron esos modelos. Evidentemente, no es eso. Ora copiemos los paisajes de otros países, ora insistamos en copiar los de la patria de los incas, paréceme que todo será copia, y que no surgirá por parte alguna el arte argentino, motivo de la tentativa. ¿Qué más da poner al modelo un poncho rojo, una manta jerezana o un guardapolvo, si de lo que se trata es de reflejar con exactitud el alma de los argentinos? Si para salvar nuestro nacionalismo necesitáramos conservar el primitivo arte indígena que floreció en este suelo, las demás naciones hallaríanse en parecido caso respecto del suyo; y yo pregunto: ¿perjudicó Miguel Angel al arte itálico apartándose de los tipos de dibujo que en época remota preferían los compañeros de Eneas para adornar sus cacharros de cocina? ¿Víctor Hugo y Anatole France han dañado al nacionalismo francés, descuidando cultivar los temas literarios gratos a las tribus de Vercingetorix que desafiaban a Julio César sobre el suelo de las Galias? La respuesta se impone: si en Francia e Italia existe hoy algún tipo de arte susceptible de conceptuarse nacional, débese al hecho de que en algún momento hubo artistas nacidos en esos países que supieron prescindir, liberarse de la falta de cultura artística del pasado. Crearon, más que continuaron, sin cuidarse de determinar previamente cómo habrían de ser sus creaciones, para ajustarse a las conveniencias de la nacionalidad. No buscaban conseguir resultados previstos de antemano, mezclando a dosis fijas, a guisa de ingredientes, los tipos de arte de cada uno de los grupos étnicos que se habían ido instalando sobre el territorio a lo largo de los siglos. Aplaudimos hoy, con justicia, algunas buenas copias de modelos, o desarrollos de temas indígenas, presentados por artistas argentinos. Pero lo que en realidad se aplaude es el talento del pintor, y el mismo éxito obtendría éste eligiendo modelos marroquíes, holandeses o de no importa qué otra región. El problema consiste en saber si conviene que esos artistas nuestros se aten a modelos exclusivamente territoriales o argentinos, limitando a ellos sus iniciativas, y olvidando que los sentimientos, las pasiones, los dolores susceptibles de perpetuarse en la tela o en el bronce no tienen patria, ni pueden, propiamente hablando, referirse a una sola nacionalidad. Paréceme que toda creación artística es personal; y de ser así, resultaría errónea la afirmación de que puede o debe existir un arte nacional argentino, caracterizado por los temas.

Si los argentinos de 1925 sienten el arte de un modo distinto que los demás hombres, expresen en buena hora esa emoción tal como les salga, que así lo hicieron los indios en su tiempo, y concluya la fatigosa rebusca de los vestigios que dejaron de sus emociones artísticas los contemporáneos de Atahualpa. El arte no se fabrica con recetas, y es vano pretender que resultará argentino en cuanto logremos tratar temas indígenas con técnica europea. Y si sucediere que la emoción artística siéntese aquí más o menos como en todas partes, conformémonos con tener artistas nacidos y educados en la Argentina, que, en siendo buenos, lo mismo dará que elijan unos motivos u otros.

Juan Alvarez

Rosario. Marzo de 1925.

¿Cuáles son los libros fundamentales?

Los orígenes de esta inquietud humana de sintetizar, en un adarme de esfuerzo, un mundo de cultura, son tan antiguos como la avidez y tan necesarios como la pereza. Todas las épocas han querido dejar, como huella de su actividad, un resumen y una selección de lo pensado y lo escrito anteriormente. Sin embargo, podríamos —con un margen muy corto de improbabilidad—sugerir que las generaciones, desde un punto de vista intelectual, pueden clasificarse en dos grupos. En el primero, el más abundante, acumularíamos aquellas en que la pereza triunfó de la curiosidad y la definición de la duda: la Edad Media, en el tiempo representa acaso la más absoluta de estas entidades. En otro capítulo—tan breve en número como rico en intensidad—reuniríamos, en cambio, a las generaciones inquietas que no se creyeron en el derecho de saber hasta no haber cumplido la obligación de aprenderlo todo por sí mismas. El Renacimiento, con su curiosidad despierta a los vientos contrarios del espíritu y el sabor, incomparable de ingenuidad, de sus grandes humanistas, sería el ejemplo más apasionado y magnífico de este género de culturas. También en ellas se pretende analizar y escoger, pero no por rigidez doctrinaria, como en las otras, sino por delicadeza de gusto; no por el desgano del inapetente sino por el hastío sabio del conocedor.

Como cada época, cada grupo de jóvenes, en el pequeño círculo que inunda, se interesa siempre por definir, en un número limitado, las obras espirituales que prefiere. ¿En qué escuela preparatoria o profesional habrá dejado de presentarse, año tras año, el mismo generoso e inútil problema? André Gide sonríe de la malicia con que él y Pierre Louys burlaban las fronteras de la encuesta que se proponían a menudo escogiendo, para formar una lista definitiva de los veinte mejores libros, no los títulos de las obras sino los nombres de sus autores. Así, por ejemplo, indicaban a Goethe «lo que les excusaba de escoger entre *Fausto*, *Wilhelm Meister* y las poesías». Por otra parte, recurrían a otros artificios: señalaban a Amyot lo que les daba, amén de Plutarco, *Dafnis y Cloe* y Leconte de Lisle «cuyas traducciones les parecían, entonces, de insuperable belleza»... Su maletilla de veinte autores se veía pronto convertida en una biblioteca de más de cuatrocientos volúmenes.

No sólo gratuitamente, por gusto de comparar la propia selección con la del amigo más cercano, hemos jugado todos, en nuestros días juveniles, este inocente juego de reducción. Después, ya fuera de la escuela, año por año los redactores de las revistas ilustradas se han acercado a nosotros a pedirnos que, más en serio, es decir, más peligrosamente, empecemos de nuevo la partida interminable. Una vez la pregunta se formulaba de esta suerte: «¿Si tuviera usted que pasar el resto de sus días en la cárcel y sólo diez libros pudiera llevar consigo, cuáles escogería?» En otra ocasión, la encuesta se iniciaba sobre pronósticos menos sombríos: «¿Cuáles son los tres libros de aventuras que llevaría usted en un viaje de recreo por mar?» O se hacía deliberadamente cursi: «¿Qué libro de versos regalaría usted a su novia, si la tuviera?» Siempre hemos contestado con igual escepticismo y la misma duda de acertar, eligiendo—para leer en la cárcel —*Crimen y Castigo*, de Dostoiewsky, *Souvenirs de la Cour d'Assises* de Gide y *El Ultimo día de un Condenado a Muerte*, de Hugo; para hojear durante el viaje, entre los bostezos del té y el mareo del baile con victrola, *Lord Jim* de Conrad o, si el deseo es de no volver a casa, *La Odisea*, ese libro admirable para esposos arrepentidos. Sólo en un punto se ponían todos de acuerdo, al menos en el dominio muy íntimo de la sinceridad: en la pregunta cursi; porque todos creían que el libro indicado era el propio. ¿No fué Sainte-Beuve quien aseguró alguna vez que, en todo hombre de cuarenta años, había muerto, a los veinte, un poeta sentimental?

* * *

He pensado en todas estas encuestas al recibir, de la Secretaría de Educación Pública, una hoja impresa en que se me interroga acerca de los seis libros fundamentales que lleva-

ría conmigo si decidiera, algún día, instalarme en el Retiro de Tepotzotlán. Las opiniones de las personas que contesten esta pregunta—que se ha hecho circular con relativa profusión—servirán para organizar una pequeña biblioteca en los salones del exconvento, convertido, por una excelente iniciativa de hoy, en lugar de retiro laico, de concentración espiritual y de silencio.

Los seis libros que escogí, de primera intención, fueron: la Biblia, que cada lectura rejuvenece, los *Diálogos Socráticos* de Platón, el más alto monumento del espiritualismo occidental, el *Fausto* de Goethe que presenta con tan acusados perfiles el drama de la acción y de la contemplación humanas; de Nietzche, *Así Hablaba Zaratrustra*, que fué, al menos para mí, la revelación de un universo moral tan profundo como peligroso—por eso, aun más bello. Por último, tras el descanso obligado de Montaigne, cuya sana incredulidad sabría detener a tiempo al espíritu, presa del vértigo de las otras alturas, agregué, para terminar con una nueva fuerza, las Tragedias de Esquilo y, entre ellas, el *Prometeo Encadenado* en cuya lectura habrá de templarse el alma siempre que una injusticia la incite a dudar de sí misma y del hombre.

Pero, terminada la lista y, seguramente, mucho antes de apuntar el último nombre, me asaltaron tantas sugestiones que me vi tentado a desistir. Lo propio deberá haber ocurrido con todos los que se atrevieron a formularla y es que el espíritu humano no es susceptible de fragmentarse. Conocido en su integridad, reproducida, en la cultura de cada quien, la historia del pasado de su raza y de todas las razas que no son la suya ¿cómo quedarse sólo con una obra o con un grupo de obras? No discutamos ya si sería sincero ¿sería posible no llevar sino esos seis libros u otros seis completamente diversos a un sitio determinado? ¿En dónde principia y en dónde concluye cada uno de ellos? ¿Quién sería capaz de separar, de los más recientes, la parte de verdad o de belleza que deben a los más antiguos? En el momento de definir ¡cada elección nos da tan poco y nos priva de tanto! ¿Qué tarea más ingrata inventó jamás, entre sus torturas simbólicas, la Mitología? Y es que, aunque la aptitud de separar sea un atributo de la inteligencia, la acción misma de intentarlo es la más dura e imposible. Destacar una sola obra de arte del total en que la admiramos es como arrancarla de la carne de nuestro pensamiento. ¿Cómo hacer, sin embargo, si el hecho de gustar implica la consecuencia de preferir y la necesidad de sacrificar? Lo trascendental que este problema, aparentemente frívolo, no oculta del todo es que el motivo de la duda de cada quien, se presenta con caracteres aun más graves para el mundo. Se ha escrito tanto, se ha pensado tanto que la memoria de la civilización actual está saturada de culturas. ¿Será preciso ahora, en el naufragio de todas las cosas, escoger las insustituibles tablas de nuestra salvación? ¿Después de haber usado tantos siglos en aprender, qué nociones, de todo lo sabido, deberemos ahora enseñarnos a olvidar?

Jaime Torres Bodet

México, D. F.

Tablero

=1928=

Indice.—El tomo V de las *Obras* de Manuel Sanguily: *Los caribes y Colón*. A. Dorrbecker, impresor. Habana. 1927.—Donación de don Manuel Sanguily y Arizti, hijo del gran escritor (calle 27 entre Paseo y 2. Vedado, Habana. Cuba).—De estas *Obras* han sido ya publicadas:

Tomo I: *Nobles memorias*
Tomo II: *José de la Luz y Caballero*
Tomo III: *Oradores de Cuba*
Tomo IV: *Enrique Piñeyro*

Fernando de los Ríos: *Religión y Estado en la España del Siglo* XVI.—Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Nueva York. 1927. —Donación del autor.

Fragmento de carta:

Está aquí Haya de la Torre, quien viene a dar conferencias, invitado por la Universidad Nacional. Anoche fué recibido solemnemente, por la Federación de Estudiantes, en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria. Pronunció una arenga magnífica. Todos salimos conmovidos y convencidos A nadie había oído hablar de nuestros problemas con tanta clarividencia. Es un tribuno y un apóstol. Es el hombre que nuestra América necesita para alcanzar la etapa de las realizaciones supremas. Próximamente le enviaré una entrevista, celebrada con él, para *nuestro Repertorio*.

MARIO SANTA CRUZ

Bibliografía titular:

De los autores:

Renee Mendez Capote de Solís: *Apuntes*. La Habana. 1927.—*Oratoria cubana*. Ensayos. Ornamentación y portada de Luis López Méndez. La Habana.

Fernando Chaves: *Plata y Bronce*. Quito. Ecuador. 1927.

Antonio Ochoa Alcántara: *Gemas*. — Segunda edición corregida y aumentada por su autor. —Tip. Latina. Ciudad de Guatemala. 1927.

Alejandro Andrade Coello: (Apartado 23. Quito. Ecuador). *Pinceladas de la Tierruca*. Ensayo de novela ecuatoriana. Quito. Ecuador. 1928.

Alice Lardé de Venturino: *Belleza salvaje*. (Apreciación del ministro de Instrucción Pública de Argentina). Colección contemporánea. Espasa-Calpe, S. A.

José Torres de Vidaurre (Consulado del Perú en Madrid): *Los cometas mártires* (Poemas). Sociedad General Española de Librería. Madrid. España.

Joaquín Rodas M.: *Morazánida*. De la epopeya, la tragedia y la apoteosis. Quezaltenango. Guatemala.

Actuaciones y Documentos del Gobierno Central de la unidad de la raza en el descubrimiento, exploración, población, pacificación y civilización de las antiguas provincias españolas hoy República de Venezuela. 1486-1600.—Siglos XV y XVI.—Editados y publicados por el Gobierno venezolano. Tomo primero. — La Coruña. 1926. — Donación de Vicente Dávila. Caracas.

G. Alemán Bolaños: *El País de los Irredentos*. Diciembre de 1927. Guatemala. 1927.

Dr. Manuel E. Lanao: *Anales del Magdalena*. Primera parte: Descubrimiento. Conquista.—Segunda parte: Colonización (1498-1810). Santa Marta. 1927.

*

Del Instituto de Literatura Argentina. (Reconquista, 575.—Buenos Aires. Rep. Argentina):

El hipócrita político. Comedia en tres actos, por P. V. A. Buenos Aires. 1819. Sección de Documentos. Tomo III, n.º 7. — Buenos Aires. 1927.

*

De la International Conciliation (405 West 117 th Str., New York City):

Australian inmigration policy, by A. C. Charteris. — *The Slavery Convention of Genova*. September 25, 1926. By A. L. Warnshuis, J. P. Chamberlain and Quincy Wright. Text of the General act for the repression of african slave trade, july 2, 1890.

*

Del Bureau International des Federations d'Enseignement Secondaire (35, Rue du Fief-de-Bon-Recueil. Villemomble (Seine). France: *Les origines, le but, l'oeuvre de la Societe des Nations*. Extraits des Memoires presentés au concours organisé par le Bureau International. Cahors, 1927.

Señas de escritores.—María Alicia Domínguez.—Bolívar 1084. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Mario Santa Cruz.—Calle del Chopo, número 25, Int. L. México, D. F. México.

Julia García Gámez.—Casilla 2621. Santiago de Chile.

Jorge Guillermo Leguía. — Magdalena del mar. Villa «Carmen Antonia». Lima. Perú.

Página lírica

de Ismael Enrique Arciniegas

A las palabras sin rima

Inútiles palabras para la rima. Nunca
de contacto supísteis para dar armonía.
Cual vírgenes en duelo, vuestra belleza trunca
va siempre solitaria, sin el fulgor del día.

Alma tenéis, mas siempre sois como inútil lazo,
ritmos que no se acuerdan con otros, y por eso
no habéis sabido nunca lo que es calor de abrazo,
ni habéis sentido espasmos con la fruición del beso.

Inútiles palabras para rimar. De oro
podréis ser, mas las otras de alianza son emblema.
Y cantáis, pero siempre seréis voz en un coro;
y podréis ser engaste pero jamás diadema.

Y os veo con tristeza cuando avanza el galope
del lírico desfile, marcial por el estadio.
Sois hasta en el desfile, no de la lanza el tope,
y sois empuñadura, pero jamás el gladio.

Las otras son las gemas donde la luz tremola,
y armonizan, cuadrigas o multiformes galas.
Vosotras vibráis siempre. Mas sois una ala sola,
y el poeta requiere para volar dos alas.

Códice antiguo

En Cluny. Siglo xv.
Bajo álamos de plata
Sus aguas el Saona rumoroso dilata
por el lento deshielo. La mole ennegrecida
de piedra, corta el llano que despierta a la vida.
En el parque vagando, y humilde la mirada,
las manos sobre el pecho y en oración callada,
pasan monjes, tendida hacia tras la cogulla,
y como una armonía celeste el campo arrulla.

Cielo tranquilo y diáfano.

La quietud del convento
a la plegaria incita y a hondo recogimiento.
Las ventanas abiertas dan al jardín. Las rosas
sonríen bajo errante vuelo de mariposas;
y en las frondas, de nidos y de aves la algazara
es saludo a la aurora que surge azul y clara.

En la amplia biblioteca, monje benedictino
tiene abierto en la mesa borroso pergamino,
donde paciente artista de tiempo muy lejano,
al principiar capítulos, pintó con hábil mano
en grandes iniciales y con vivos colores,
dragones, ninfas, grifos y ultraterrenas flores.

Con sus rubios cabellos sobre la frente vasta,
su palidez y el brillo de su mirada casta,
y con su hábito blanco, parece el monje, efebo,
del jardín ante el tibio primaveral renuevo.

Copia un códice antiguo: *Dafnis y Cloe.*
Aromas
de los rosales suben y arrullos de palomas.
Absorto escribe.
Y Cloe se yergue ante sus ojos,
púber, blanca, sin velos y con sus labios rojos,
así cual Longo un día radiante de verano
la soñó junto a Dafnis bajo el azul lesbiano.

Aromas, más aromas, va trayendo la brisa.
Cloe sonríe; a Dafnis abraza, y su sonrisa
es rosa entre sus labios en flor. Y más fragancia,
arrullos y rumores llenan la quieta estancia.

Cloe pasa, se borra, mas de nuevo aparece.
En su naciente seno ya la vida florece;
se pierde entre los árboles, vuelve nerviosa y bella,
Y muestra en el boscaje su desnudez de estrella.

Sobre la mesa el monje pensativo se curva;
inquietud hasta entonces no sentida lo turba;
se alza rápido y torna a sentarse impaciente;
se pone en pie; se inclina, las manos en la frente
y aromas...y un deseo el corazón le roe...
Y más, y más irradia la pubertad de Cloe!

Cierra de pronto el códice, y cierra la ventana,
cierra inquieto los ojos ante la azul mañana,
y soñando, soñando, pálido y sonreído
se queda lentamente y en éxtasis dormido.

En el silencio entonces, bajo el azul y el oro
del cielo, las campanas se oían, y en el coro
los monjes, en anhelo que del mal los liberte,
cantaban de rodillas el salmo de la muerte.

De *Acuarelas*

I.—El Bajo Magdalena

Subiendo el barco aceza.
El río, soñoliento. Sol. Pereza.
Inquietud y calor. Bancos, más bancos
de arena. Cielo azul. Bosque y barrancos.

Y sobre el agua turbia que dormita,
y de una y otra playa entre lo verde,
como un blanco pañuelo que se agita,
una garza que vuela y que se pierde...

II.—Medio día

Polvo, cansancio y sol. Y un torbellino
de polvo, y otro... y otro de contino
en la aridez desierta del camino.

De la montaña en el oscuro flanco,
junto al río, a la luz radia un barranco
de color ocre. El cielo es casi blanco.

Tronco erecto, sin hojas, como una asta
corta el confín. Y en la llanura vasta
el sol refulge y el rebaño pasta.

III.—Marina

Listo a zarpar el barco
sopla como si fuera enorme fuelle.
Al puerto, cielo y mar forman un marco
azul. Despierta entre el bullicio el muelle.

En la desierta playa
una palmera el horizonte raya.

Peces, al sol vivaces
las escamas, del mar los alcatraces
rápidos sacan. Negro el humo asciende.

Van en bandadas pájaros fugaces.

Y blanca vela hiende
la trémula bahía, mientras fragua
el sol, que vivo esplende,
como un jardín en el cristal del agua.

IV.—Gris

Cercas de piedra cortan la llanura.
El cielo, gris. Una casita blanca.
En el cerro, unas manchas de verdura,
y abajo, un pozo que el guadal estanca.

El pajonal con un susurro leve
tiembla. Se apaga el horizonte turbio,
y de un techo lejano en el suburbio
del pueblo, el humo sube lento.
Llueve.

En el campo hay modorra,
y en el límite gris de la pradera
un carro va por la ancha carretera,
y en el vago crepúsculo se borra.

V.—En la playa

El mar contra el escollo
una lluvia de lirios parecía,
y entre el susurro del palmar, se oía,
lejos, la queja de un cantar criollo.

Llegaban a tus pies espumas rotas
en cambiantes de luz rosada y lila,
y entre un vuelo callado de gaviotas
se dormía la tarde en tu pupila.

VI.—El anochecer

Canta la fuente en el jardín. La tarde
se apaga, seda y oro, y una nube
en el ocaso entre arreboles arde.
Baja la noche. El pensamiento sube.

En torno, sombras. Entra.
Todo en reposo. El bosque es negra mancha.
La visión del espíritu se ensancha
y el alma en el recuerdo se concentra.

En las manos la frente taciturna.
Sueño... Sombras. Callada la arboleda.
Todo se ha ido...
En la quietud nocturna
el rumor de la fuente sólo queda.

VII.—El reproche

Entre los temblorosos cocoteros
sollozoba la brisa; y en la rada,
del ocaso los rayos postrimeros
eran como una inmensa llamarada.

Al oír mi reproche
se apagaron en llanto sus sonrojos,
y fué cual pincelada de la noche
el cerco de violetas de sus ojos.

Y al confesar su culpa
su voz era sollozo de agonía,
y la blancura de su tez, fingía
del coco tropical la nívea pulpa.

Erinna

MOSTRABA una bella y extravagante cabeza de fantoche, con grandes ojeras azules que descendían hasta los pómulos enrojecidos, de fruta, y la cabellera rizada, de una oxigenación extrabrillante.

Se mordisqueó la boca empastada de bermellón. En el labio de abajo quedó un húmedo semicírculo fragmentado.

Entonces, volvió a enmarcarse en el ventanillo. Estaba el busto en colores litografiado sobre fondo negro. El afiche del circo. O, más exactamente, la cubierta del magazín que *Top* tenía en las manos.

Recordaba *Top* el cartel, tan alto para la aldea, con la figura enorme, riendo, sobre el caballo:

ERINNA,
EQUILIBRISTA ECUESTRE

Top y su tío *Donjuan* vieron irse a Erinna.

La sabana, verde claro, verde oscuro, azulada, con manchas de sombras—las sombras, más cambiantes que sombras, de las nubes—se anchaba al pasar el tren.

Top mostró a su tío, por comentario bromista, las dos rayas negras del camino de hierro, que partían la hierba uniforme.

Y sonrió.

Aludía a la cabeza, de un tinte desteñidamente verdoso, de *Donjuan*, donde—ingenioso ingeniero de galanterías—éste trazaba, todos los días, con invariable tesón, dos paralelas a peinilla.

Erinna le había hecho otra graciosa imagen en el restaurant. Con el palillo de dientes, de sobremesa, apuntaba, como a una mesa de billar, a la cabeza plana, larga y verde del cortejador.

Top, se engalló.

Imaginaba un dibujo raro de Erinna, que no había podido hacer. Quería una Erinna hierática, endurecida, algo mecánica. La Olimpia Spalanzzani de Hoffmann, que había dibujado muchas veces.

Dijo a *Donjuan*, que estaba mudo de congoja:

—Tío, tanta persecución ha sido poco digna de ti.

Y el tío, en voz baja:

—Tampoco lo ha sido tu actitud, sobrino.

Y recompuso sus anteojos de ver lejos, sobre las orejas, iluminadas a la manera de farolillos.

La mano de una vendedora alargó un cigarro con fajilla dorada.

Donjuan cortó de una dentada el pico, lo aferró al ángulo labial derecho, y echó humo por toda la cara. *Top* aguardó a estar delante de otros espectadores.

Un humo más denso advirtió que se acercaba otro tren. El que viajaba a la inversa.

El auto del alcalde, un fordcupé, empezó a barrenar con su trompeta de dos tonos la escasa gente congregada. Los aldeanos se apartaron con respetuoso miedo.

Y en éste momento cayeron tío y sobrino de la cuerda tensa de la abstracción.

Se vieron. Oyeron los gritos, las voces de los pregones.

Al tren!

Al tren!

—Eh, caballero, los cigarros!

Top se alzó las mangas. Y pellizcando la nariz de la vendedora, hizo que sacaba de allí una moneda de plata que le entregó con dedos estirados de prestidigitador.

Al tren!

Al tren!

Todo era humo oscuro, hollinoso.

—Almorzaremos a bordo, sobrino.

—Jamón, ensaladas, papas, tío.

* *

Estaban idiotas, echados sobre dos rincones opuestos, oblicuamente enfrente uno de otro.

PROHIBIDO FUMAR
NOT SMOKING
DEFENDS DE FUMER
E VIETATO FUMARE

La tablilla en cuatro lenguas, pendiente del techo del vagon, recibía el homenaje religioso de los dos cigarros.

—Es una muchacha perfecta, dijo *Donjuán*.

El sobrino hojeaba, displicente en apariencia, la revista ilustrada cuya cubierta era una cabeza de la acróbata.

—El deporte, tío, escultor admirable de los cuerpos.

—Y de las almas, sobrino. Esto te parecerá cínico tratándose de Erinna. Pero, verás. Erinna es buena. Sus perfidias son sinceras. Y no me negarás que ser sincero, aún en las perfidias, es ya una especie de virtud.

—Tío, tío, te vuelves razonable.

Top pasaba las hojas.

Donjuán quedóse mudo y comenzó a hojear también la revista de sus emociones:

Primera Hoja.—Un circo deshecho, para embarcar. El buque náufrago que es un circo deshecho para embarcar. Cuerdas. Lonas.

Segunda Hoja.—La jaula de los mansos tigres bengalíes, que a él sólo le recordaban una narración de Salgari. La jaula inmensa sirviéndole de biombo, mientras que Erinna disparaba su camarilla autográfica desde el ombligo.

Tercera Hoja. — Retrato de Erinna, con dedicatoria: «A mi pequeño, que tiene la estatura de los pequeños grandes hombres».

Etcétera.

Top se adormecía pensando:

—La seguiré. Es irremediable. Me ganaré la comida de cualquier modo. Bien o mal. Fácilmente, no lo quiero. Sería aburrido.

El tren volaba por campos de avena.

El de Mañara se durmió con sus sueños sobre las rodillas. De su cigarro, dormido también, salía como un ronquidito de gárgola seca.

Top continuó:

—Indudablemente, los hombres del éxito tangible deben de poseer un cerebro sencillo, descomplicado, fácil. Pueden hacer lo mismo durante cien días, durante mil días, durante una eternidad. Yo, en cambio, tengo días en que no puedo hacer nada.

Comprendió que iba a dormirse.

Los tres colores que despertaron luego sus ojos humosos fueron el rojo, el amarillo y el azul.

Daban sus gritos. Tres gritos. Uno en sol. Otro en fá. Otro en dó, desde las agudas banderolas.

Era, pues, la fiesta nacional.

Top se sintió poco amigo de la patria. La patria le parecía ahora Erinna, el vasto mundo por donde galopaba Erinna, a horcajadas sobre su caballo blanco. Los colores chillones de la bandera no le decían nada a sus nervios.

Tocó con las rodillas, parado delante, las de su tío dormido. Le ayudó después a alzarse el cuello del sobretodo.

La estación.

* *

«*Top*, el conocido dibujante, ha escapado con la donación anual a las Escuelas Gráficas»...

Han pasado unos meses. (Esta frase de novelador profesional es necesaria.)

Top se presentó un día en una redacción, pidiendo noticias del itinerario. La sombra del gran circo ecuestre, de la gran tienda viajera, iba delante de sus ojos.

No sabía por qué no la había seguido desde el primer momento.

Volvía el mismo aspecto de sus sueños al creyón: Dibujábasele el circo en la forma de un *Norge* colosal donde iban la beduina *trouppe* y la *menagerie*, en alegre camaradería.

Supo que habían embarcado hacia el Sur.

Fué haciendo cabezas por los cafés de medianoche.

En Panamá, en un *cabaret* de los trasplantados del Norte, le ocurrió una aventura. Cayó en gracia a una *girl*. Porque *Top* era un buen mozo: Pecho de boxeador. Largo pelo castaño Ojos rotundos.

La hizo un esbozo, de prisa, mientras ella bailaba el chárleston del día.

Al terminar: Bravo! Well!

Cayó sudorosa, riente la dentadura de perrillo, al lado de *Top*.

Y cuando él tendió la mano para tomar la suya, ella sacó, con un gestito mimoso, del carrielito de mallas, la punta verde de un green-back.

TEN SILVER DOLLARS! pensó en inglés la larga abstinencia de *Top*. Pero hubiera preferido un beso. Y rechazó indignado.

Al otro día se vió en un espejo profundo del *cabaret*, alcolizado, sin níkel, sin *girl*.

Oprimió en el bolsillo pródigo lo único tangible que allí había... el lápiz, cuya punta hacía circulares todas sus ideas. Y pensó en apagar la sed.

La balumba de la gente de circo, tan pintorescamente salvaje, se le echó de nuevo encima.

—Cerveza!, roncó poniéndose de pie.

Rehizo la corbata, se sentó a una mesa. Y, al márgen de un diario, pintarrajeó cabezas de *clowns*, piernas de trapecistas, de barristas... Y, por millonésima vez, el perfil de Erinna.

Después, puso en letras cuadradas, arriba:

FRAULEIN ERINNA

Porque Erinna era alemana.

* *

(Perdón, lectores.

He perdido una cuartilla.

Hace rato, mientras escribía, el viento que entra por la ventana me fué sustrayendo las cuartillas con cautela de ladrón. Luego, corrió. Y yo detrás, tratando de arrebatárselas. «Eh, señor Viento, párese usted!» Y él, ríe que te ríes. Cuando lo creía ya a mi alcance, dispersó las hojas por el jardín y dió un salto tremendo, llevándoseme una. La que falta. Para qué la querría? Quién sabe lo que hace el viento con las cuartillas que se roba!)

A causa del fragmento perdido, encontramos a *Top*, sin transición, en una capital del Sur.

Largas avenidas iluminadas...

El alma temblante de *Top* en los avisos eléctricos.

Fué de noche la entrada.

Una ligera cena en una fonda ocasional. Y a buscarla:

No hubo tropiezo. El diario vespertino, sección de espectáculos...A ver...(El índice ansioso iba de renglón en renglón.) Aquí...

Entre otras atracciones («Los Perros Músicos». «La Adivinadora Volante». Etc.), una sobria línea:

«GRAN CIRCO ECUESTRE»...

La carpa estaba sujeta a sus internacionales espigas en la plaza de un barrio pobre. (Las barriadas de árboles, de perros, de chicos que gritan: «El elefante! El elefante!»).

Andar, andar...

Fué haciéndose muy tarde.

Pero quería verla aquella noche.

Top se había vuelto ingenuo.

Top amaba.

* * *

Como dieran las 23, miró al horizonte.

Y distinguió sobre el cielo blanquecino—carpa pequeña al lado de una carpa grande—la cúpula de aquel San Pedro de lona, basílica de tan bellas farsas. Ya se había dicho, en su costumbre de pensar gráficamente, que el cielo era como una carpa azul bajo la que actúa una triste compañía de volatineros.

A medida que se acercaba, oía una descabalada música de trombones, tamburos y *banjos*.

Recordó y silbó:

Questa sera
Grande spettacolo
A veintitre ore...!

Top quería producir la sorpresa.

Y porque la función había ya concluido, entró al circo por debajo de la carpa, como lo hacen los muchachos para ver la función sin pagar.

Los tigres viajeros, los mansos tigres bengalíes, con sus ojos apagados, le miraron pasar arrastrándose. (Cuando el hombre está más cerca de Dios, camina a gatas.)

El camerino volante, de telas de púrpura imitada, con flecos de tiempo y manchas de caminos. Un dragón bordado en la cortina. Y siguiendo las contorsiones del dragón:

ERINNA

(En este momento, un *clown* almidonado, pintarrajeado, huía.)

GRAND GUIGNOL!

Top en escena!

La melena melodramática.

Deshecha la cinta ancha y larga de la ilusión. Y la de la corbata. Clamó:

—Tánto andar detrás de ti, para esto! Oh, Erinna, qué estupidez!

(El novelador profesional me sopla: MISERABLE! Pero no lo escribiré por mi cuenta.)

Erinna tiene en la boca, en las mejillas, las rayas rojas, verdes, negras, del *clown*.

Lágrimas de gliserina saltan en sus ojos, tan vastamente azules. Y su cabellera se eriza grotesca, pues es su cabellera de las pantomimas, con resorte para simular el pavor.

Top hubiera querido hundirle el lápiz en la garganta.

Pero, allí estaba el gesto que había perseguido durante tanto tiempo!

Una cabeza interesante.

El concurso!

Ars longa...!

Y se puso tranquilamente a dibujar.

G. Castañeda Aragón



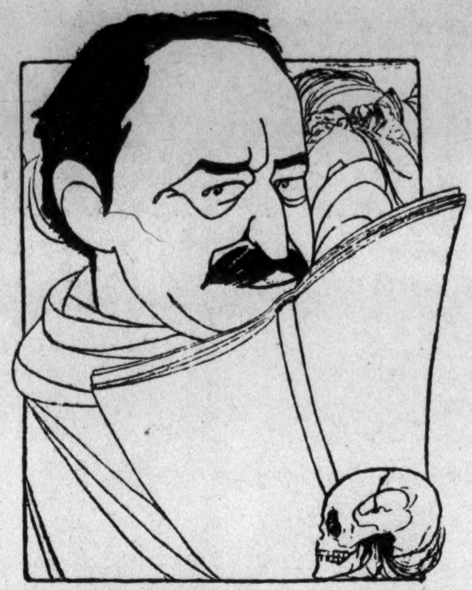
Blanca Milanés,

cuyo primer libro, Música sencilla, *acaba de salir, primorosamente impreso, de las prensas de Alsina.*

BLANCA Milanés trae su fuerza, espiritualmente femenina, y su pensativa gracia. ¡Es artista! Pertenece a esa brillante joven generación que pone tan alto el prestigio intelectual de Centro América. Cuenta esta falange con poetas tan altos como el estupendo Cardoza y Aragón, el exquisito Heliodoro Valle y Salomón de la Selva, que además de gran poeta acaba de dar gran lección de alto patriotismo abandonando situación y comodidades en Nueva York para ir a luchar por la libertad de su patria, la desventurada Nicaragua. Carmen Lira, educacionista y escritora de altas dotes. Max. Jiménez, fino ensayista. León Pacheco, crítico y prosador finísimo. Moisés Vincenzi, joven filósofo vigía. Pallais, poeta de mansa unción evangélica. Brenes Mesén, uno de los altos espíritus de América. Alberto Masferrer, formidable ensayista. Froilán Turcios, poeta y prosador notable, Y sobre todos, esa antena orientada a los 4 vientos del espíritu, ese maestro de cordialidad periodística y adalid del verdadero hispano-americanismo que se llama Joaquín García Monge. Monge sólo con su revista *Repertorio Americano* ha hecho más por destruir la muralla china de los mezquinos nacionalismos y el alambrado de púas de las fronteras, que todos esos entorchados agentes consulares, miopes todos para ver cómo late ¡ya! al unísono el corazón de toda América. Todo elogio es poco para semejante empresa.

Alberto Guillén

(*La Revista*. Lima, Nov. 1927).



Vicente Blasco Ibañez

=De *El Espectador*. Bogotá=

A la orilla del mar, del mar oscuro y rugiente que revienta su desesperación en un torbellino de maravillosos encajes blancos, frente a un ocaso de oro, de zafiro y de llamas, en ese estado de humilde serenidad que produce la vista de la naturaleza triunfal y omnipotente, acabo de saber que murió Blasco Ibáñez en la villa encantada que se había fijado por residencia después de enriquecerla con todos los lujos convencionales que le sugirió su infantil ambición de arrivista insaciable y de literato profesional. El infatigable novelista, que fué un apóstata de todos los ideales y un idealizador de todas las apostasías, se había rodeado de cuanto juzgaba indispensable para formar el atrezzo de un escritor consagrado, de un hombre que produce belleza en cierta cantidad negociada con el editor y que conoce los secretos y los trucos peculiares al arte de las frases hermosas y de los relatos que emocionan leve y agradablemente. Y esa personalidad ficticia que se había creado, esa luminosa vitrina en que vivía para deslumbramiento de papanatas y estímulo de los jóvenes aficionados a la manufactura de libros venales, ha hecho sin duda, que su desaparición, llorada quizá sinceramente hace quince años, no produzca hoy en la mayoría de las gentes, sino una curiosidad, una vaga ansiedad noticiosa, como la que produciría la caída en lejanas tierras de uno de estos aviadores acéfalos que han dado en cruzar los Andes.

En Blasco Ibáñez, cuya exhuberancia creadora sería ridículo negar, hubo por lo menos tres autores, tres espíritus diversos y opuestos. El doctrinario y combativo, el puramente artístico, que a su vez admitiría matices y clasificaciones en su obra, y por último, el reclamista, el negociante norteamericanizado, fe en la cual ha muerto, según parece, el valenciano insigne. Hemos de hacer, desde luego, la salvedad provisional de sus actividades políticas, pues a juzgar por las manifestaciones de duelo hechas en España por los elementos antidictatoriales y republicanos, allá se creía en el desinterés de su ruidosa propaganda. Y es lógico suponer que los españoles están mejor informados de sus asuntos que nosotros, aunque cuesta trabajo admitir que quien tomó las sendas mercantiles que lo habían cautivado ahora, se preocupase demasiado por la suerte del pueblo augusto y magnífico que tan duras pruebas padece, mutilado y proscrito su viejo sentido democrático, y cortada de raíz, con burda y ruin tijera, la garra de acero que trazó como quiso la geografía y la heráldica del orbe.

Blasco Ibáñez vivió y murió sin haberse podido dar su estilo propio, sin afiliarse siquiera a un género nitidamente demarcable, puesto que tras de perseguir la gloria de ser el Zola español, lleno de artificiales crudezas, de robustos y gráficos giros de la plebe, y de paisajes honradamente mirados, pasó al sentimentalismo tembloroso, pero falsamente tembloroso, y a la frase ultradulce de *Entre Naranjos*, libro que es preciso leer, y de ahí a esa banalidad insoportable, a esa falta de vigor y de colorido, a esa plana insignificancia de sus postreras producciones, que bien pudiera firmar cualquiera, sin que nadie se sintiese sorprendido ni engañado, salvo algún caso.

Blasco Ibáñez, que había introducido en su labor finalidades políticas, tendencias históricas, equívocos internacionalismos, tal vez haya muerto en olor de publicista, como lo demuestran las exteriorizaciones de dolor protocolario en la liga de las naciones, pero en fama y decoro de grande artista de la palabra. El abandonó esa su primitiva tendencia después de haber probado que tenía admirables capacidades. Perdió, no se sabe cómo, el culto devoto del verbo, la sensibilidad y el paladar exquisitos del intransigente catador de vocablos, el ojo y el oído del alineador de períodos pomposos o sutiles, del compositor de esas grandiosas orquestaciones de la prosa burilada con férvida consciencia. Abrazó la fácil carrera de las expresiones obvias, de las oraciones escuetas, peladas, al alcance de todas las inteligencias, se desposó con la plebe lectora que detesta complicaciones, símbolos y singularidades, y por el camino real de la vulgaridad adocenada, se marchó hacia las cumbres doradas por el dinero. Sus escritos eran, desde mucho antes de comenzarlos, contratados por metros cúbicos, por los libreros de Nueva York, y la muchedumbre norteamericana, con su mentalidad de chofer, tendía las fauces ávidas hacia ese insípido maná. Tal fué como convenía a nuestra época depravada, que ha asesinado al amor y que está mecanizando el arte, el final tristísimo de un hombre que habiendo podido morir glorioso prefirió morir rico, y en cuya morada pretenciosa inundada de un fausto siempre sin estrenar, no había un mármol o un bronce que no tuviera una fastidiosa historia para subyugar al inagotable filisteo.

Pero antes de ese modesto crepúsculo, Blasco Ibáñez fué un formidable agitador de ideas y de multitudes, que llevaba en el sitio destinado luego a la chequera, los manuscritos apostólicos que eran ardiente proclama, artículo demoledor, o página de alguna novela de tesis audazmente, temerariamente revolucionaria. Al frente de las juventudes entusiastas, Blasco libró batallas que los avanzados de España nunca olvidarán; batallas que tuvieron resonancias dilatadas y profundas en Europa, y que fueron seguidas con la natural simpatía desde nuestra América, entonces integralmente libre, y cuyo meridiano político aún no pasaba por Washington. Si el imperialismo y otras escuelas antihumanitarias aprovechan sin vacilar las codicias y flaquezas de los hombres superiores para ponerlos a su servicio, no sería lógico que quienes por otros ideales combatimos, despreciáramos el contingente que prestaron esas inteligencias luego debilitadas por la avaricia y por la tentación concupiscente. Así, la obra inicial de Blasco Ibáñez en las letras y en la política, así como sus últimas veleidades antidinásticas, deben ser apreciadas y recordadas, como que al fin y al cabo, estuvieron las unas inspiradas por un generoso anhelo de justicia y por un soberbio empuje liberador, y las otras tuvieron el prestigio de un nombre mundialmente conocido, y el calor que todavía prestaba el rescoldo de una mentalidad poderosa.

En lo exclusivamente literario, cuentos hay, novelas y obras descriptivas de Blasco Ibáñez que siempre merecerán ser incluídos en las antologías castellanas por la frescura de la imagen, por la indeleble acuñación de la frase, ligera y vibrante como una medalla perfecta, por la fijación de costumbres pintorescas y significativas que van desapareciendo, por cierto aire gallardo, conquistador, desafiante y jactancioso, que los emparenta con las obras óptimas de nuestra lengua. Verdad que todo ello es ocasional y que la manera de Blasco Ibáñez es dispareja y vacilante. Con todo, sólo a él debemos reconocerle esas pinceladas maestras, esos indiscutibles aciertos, que ayudaron a darle fisonomía a la literatura española de fines del siglo XIX y a la de los comienzos del actual. Con Galdós y con Blasco Ibáñez—descontadas las debidas proporciones y circunstancias—sale España muy decorosamente del período romántico, sin perder su penacho ni su ilusión, para ocupar un

puesto en las literaturas que vinieron después y que hoy parecen arremansarse nuevamente en las aguas quietas y azules que copian las nubes que pasan, y huyen de las reales asperidades de la tierra. A esa reacción trajo el escritor que acaba de caer, no solamente la visión alegre y fuerte de la huerta valenciana, no sólo el tesoro de un rico y variado costumbrismo local: gitanos, frailes, toreros, cantadores, apasionadas doncellas, verbosos trovadores, sino también, como en el caso doloroso de Maupassant, los arrestos de un mozo construído sólidamente, invencible, inagotable. Por eso el triunfo de Blasco Ibáñez fué fulminante. Pero lejos de entregarse al despilfarro de sus fuerzas, se dio a administrarlas con una parsimonia tan prudente, que ha debido poner sobre aviso a sus correligionarios.

Hay un libro de Blasco Ibáñez, *La Horda*, que leí hace muchos años y que sin embargo no puedo apartar, en sus líneas generales, de mi memoria: tan intensa impresión me produjo. Y después de él no he vuelto a leer en español otra descripción de costumbres que me domine de modo parecido. Quizá si hoy lo vuelvo a leer no lo encuentre igual. Pero me guardaré bien de hacerlo, porque deseo que sobreviva la emoción de esa agua fuerte, palpitante, cruda, obsesionante. ¿Y cuál beneficio, çuál don podremos nunca recibir, que sea comparable a uno de estos indestructibles recuerdos espirituales? Cuando al ir viviendo nos damos cuenta de que lo único que se nos escapa, lo que jamás palpamos, es lo que acostumbramos llamar realidad, tenemos que caer de rodillas ante los seres que nos enriquecieron con un dulce recuerdo, porque éste constituye el solo patrimonio que no se nos robará.

El mundo que habla todavía español por un anacronismo, ha de rendirle homenaje solemne al escritor que ha muerto lejos de su patria, pero en ejercicio de un cierto dominio ecuménico, debido a sus tenaces empeños y a la divina chispa de genio latino que alumbró su marcha. Acaso convenga en esta hora de olvido y de las supremas absoluciones, admitir que Blasco Ibáñez, cuya última apostura fué la del gladiador, no quiso nunca abandonar los viejos ideales de su raza, ni la religión artística que profesaba, sino que, por el contrario, para más eficazmente servirlos, resolvió acomodar su vida al imperativo de los tiempos.

Armando Solano

Cartagena de Indias, enero 28 de 1928.

Un siglo de atraso

=*De El Espectador*. Bogotá=

La razón más plausible de que hacen mérito los imperialistas saxoamericanos y sus voceros en Colombia, para justificar la triste campaña de exterminio contra las tropas leales a Nicaragua del general Sandino, se basa en el hecho innegable de que un grupo de políticos encabezados por el general Díaz ha pedido la intervención de Washington y aprueba la conducta de los marinos y aviadores enviados allí por el Presidente Coolidge en auxilio de las tropas nicaragüenses supeditadas a la voluntad del infelicísimo gobierno de Managua. El argumento es de tal flaqueza en frente de la lógica que ni siquiera merece el título de absurdo. El absurdo en veces tiene méritos de elegancia y de novedad. Pero esta manera de razonar es sencillamente infantil. Sorprende que personas a quienes su buena voluntad puso al frente de periódicos destinados a ilustrar la opinión pública gasten ese género de argumentos en favor de una causa insostenible. Ello acusa olvido del derecho de gentes, desconocimiento del origen de estas democracias latinas de la América meridional e ignorancia de la reciente historia política saxoamericana en sus relaciones con los países situados en el mar de las Antillas.

No hay, que nosotros sepamos, ningún tratado público según el el cual el gobierno de Washington esté obligado a defender de sus enemigos internos al gobierno provisional de Nicaragua; y si lo hubiera, ese tratado, cuyo origen está en la necesidad de sostener un gobierno advenedizo contra la voluntad de una parte considerable del país, no tiene valor ninguno a la luz del derecho internacional. Si la actuación de Washington en favor del gobierno de Managua estuviese justificada, bastaría en la América del Sur la presencia de montoneras rebeldes y gratas a los mandatarios saxoamericanos para destruir en pocos días un gobierno legítimamente constituído o un gobierno de hecho. Supongamos que una banda de petroleros audaces se apoderara de una extensa región costanera en el Darién colombiano y con un pretexto cualquiera invocase la protección de Washington. Los colombianos que hoy defienden la política de Coolidge en Nicaragua tendrían, para ser consecuentes, la obligación lógica de ponerse al lado de los petroleros. Y esto no es mera suposición. Situación muy semejante a la de Nicaragua crearon Duque, Bunau Varilla y otros logreros israelitas de la finanza internacional para justificar, a su modo, el atentado de Roosevelt en Panamá. La única diferencia entre las dos empresas proditorias está, por desgracia para nosotros, en favor de Nicaragua. El gobierno de Colombia estaba formado entonces por gentes sin el más leve asomo de dignidad y no sólo rehusó defender el territorio, sino que condenó a la suerte de francotiradores a los colombianos que que quisieron armarse para defenderlo.

Si se acepta en el continente americano la conducta de Coolidge en Nicaragua está amenazada la estabilidad de los gobiernos en esta parte del mundo y cercenada de sus principales atributos la noción de independencia y también la de soberanía. Del punto de vista meramente práctico, sin invocar ideales de patriotismo, ni las normas contenidas en el derecho de gentes, también es flaca sobremanera la posición de los imperialistas de Washington y la de sus defensores en Colombia. O el

---

Un llamamiento a los maestros de Costa Rica

San José, 16 de Febrero de 1928

Sr. don

Joaquín García Monge

Pte.

Estimado señor García:

Hondamente impresionada con la desgracia ocurrida en Puntarenas a dos profesores de esta capital, el caballero don Arturo Chávez, y la distinguida señorita Lilly Artavia, no he podido resistir al deseo de hacer por medio de su digno *Repertorio*, un llamamiento a todo el Magisterio Nacional, para que demos a nuestros discípulos una lección práctica de compañerismo, levantando una contribución de ₡2 entre todos los miembros del Magisterio para ofrecérselos a estos compañeros en desgracia, no como una humillante limosna, sino como un cariñoso recuerdo empapado en las sinceras lágrimas de dolor que nuestra alma vertió al conocer la tragedia. Vamos a decirle al alma sensible de Lilly, a falta de sus padres: puede Ud. contar con tantos hermanos, como maestros tiene nuestra querida Patria.

De Ud. Atta y S. S.

Delia U. de Guevara

Directora de la Escuela Superior de Niñas de Puntarenas

Rogamos a los maestros y profesores que nos lean, que tiendan las manos en ademán silencioso y cordial de asentimiento.

general Díaz representa, como afirma el señor Coolidge, a la mayoría del pueblo nicaragüense, y en tal caso la presencia de marinos extranjeros resulta superflua, porque esa mayoría de opinión y de fuerza podría suprimir a Sandino con más eficacia que los marinos y aviadores mercenarios de Coolidge; o no representa la mayoría, y en tal caso quienes vengan en su ayuda ejecutan una acción proditoria. Se dirá que no es posible contemplar indiferentemente el espectáculo de un pueblo, donde las facciones se destrozan mutuamente por tiempo más o menos largo. A lo cual se puede responder que el destrozo se hace más encarnizado entre las facciones a causa de figurar en la liza una banda de forasteros. Por otra parte, la lucha armada en Nicaragua no había durado un año cuando intervino Washington. La guerra de secesión en los Estados Unidos saxoamericanos duró cuatro años y ninguna potencia del viejo mundo pretendió intervenir en favor de ninguno de los beligerantes. Si hubiese intervenido, habría tenido que contar con la reprobación unánime de todos los gobiernos latinoamericanos.

La costumbre aceptada en esta clase de conflictos cuando en efecto se invocan altos motivos humanitarios, es la acción conjunta de varios países para garantizar la imparcialidad. Si en vez de obrar por su cuenta la república saxoamericana hubiese buscado el concurso de la Argentina, el Brasil, Colombia y México para proponer una mediación, acaso los nicaragüenses habrían aceptado unánimemente la tregua y la inspección electoral. No se me oculta el peligro de estas intervenciones; pero tendría visiblemente dos ventajas sobre la actual. De un lado, como se ha dicho, habría más probabilidades de que se llegase a un acuerdo, porque el número de jueces garantizaba la imparcialidad. De otro lado la historia prueba que los países americanos del sur obrando en conjunto muestran en la victoria más generosidad que sus pretendidos modelos del norte. El Paraguay, o el gobierno del Paraguay, fué vencido en 1870, pero el territorio de la nación quedó intacto para honor perdurable de los aliados.

En el actual conflicto nicaragüense lo que se discute no es la legalidad del gobierno favorecido por Coolidge ni el derecho de Sandino a defenderse hasta el extremo de morir por su patria: la cuestión verdadera en cuya solución ha tomado parte, como obedeciendo al instinto de conservación, toda la prensa del continente, con humildes discrepantes, es el principio de la igualdad de las naciones ante el derecho de gentes. Ese principio es universal, está aceptado en Europa por la sociedad de las naciones y en América solamente Washington se niega a reconocerlo.

Washington vive un siglo atrás de la historia. Cuando las naciones iberoamericanas se constituyeron como repúblicas o imperios soberanos, los grandes poderes dominantes en Europa se apresuraron a reconocerlas en tal carácter, sin limitaciones ningunas. Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia, se apresuraron a celebrar tratados con las nuevas entidades políticas, sobre la base de perfecta igualdad. A tiempo que a países tan antiguos como China, Turquía y el Japón se les imponían capitulaciones depresivas de su soberanía, las grandes potencias europeas saludaban a las nuevas entidades americanas en el plano de la igualdad perfecta de los derechos. Era la obra de Canning. A cien años de distancia Washington quiere hacer de la América latina un conglomerado de entidades políticas incompletas, en donde la función primordial de las democracias, que es la elección de diputados y mandatarios, necesita la supervigilancia de un determinado poder extraño. Washington comete un error histórico. La espada del general Díaz en Managua es tan anacrónica y tan deslucida como la levita y la chistera del personaje a quien los saxoamericanos han disfrazado de presidente en la capital de Haití.

B. Sanín Cano

Bogotá, enero de 1928

Polvo del camino

Elecciones

ALREDEDORES de la ciudad, barrios bajos, hacia la una de la tarde del siguiente día en que tuvieron efecto las elecciones presidenciales y de diputados.

Hace un rato la sirena del diario *La Tribuna* pregonó el resultado del acontecimiento de la víspera conforme la promesa del periódico al público. Dos mujeres entradas en años, asomada cada una a su puerta, sostienen a voces y con gestos aparatosos opinión adversa con respecto a la señal emitida por el sonoro pregonero. Cada una de estas dos mujeres evidencia sin ocultarlo un color político distinto, contrario uno de otro; son contendores opuestos, si bien pacíficos no por eso menos entusiastas, leales y francos:

—No, señora, si sonó dos veces...

—Una vez fué, nada más que una vez. Yo me fijé bien, en eso se me ha ido toda la mañana, esperando a ver. La verdá es que no hay corazón traidor a su dueño, por más que digan...

Un lechero ambulante interviene en la cuestión. Se ríe de la que afirma que el pito ha sonado una sola vez, y le dice que cuidado se va a poner *chiva* cuando lea los periódicos al día siguiente. A un notificador de juzgado que pasa en ese momento, le da el pésame:

—Sintiéndolo mucho...

—Si no hemos perdido: estamos con honor...

A otro sujeto que lleva bastón y una bolsa con comestibles, el mismo lechero lo interroga:

—¿Idiai, viejo, qué hizo la yegua que llevó a la ovación?

Por toda respuesta el interpelado, que se ha detenido un momento, contesta con gesto avinagrado: —Su madre...—y sigue adelante. El vendedor de leche suelta una carcajada intemperante.

Va pasando por el mismo sitio un expendedor ambulante de verduras, con su carrito cargado de hojas frescas. Es del bando ganancioso, viene muy alegre, lamenta la disposición del Gobierno que ha mantenido condenados durante los últimos tres días los puestos de licores; «seguro», dice, «para evitar cualquier *bulubú*». Mientras tanto él sin poder echarse una copa para celebrar el triunfo de los suyos. Termina:

—Así es que a la fuerza tiene uno que andar Límber.

Luego refiere que un leva de allá por la Estación y que ni

siquiera sacó su cédula, apenas supo cual de los partidos había ganado, corrió a pegar un gran «Viva don Cleto» en la ventana de la casa y a ponerse pañuelo verde. De pasada le echó su sátira y el leva le hizo tamaña *gamarra*. El lechero comenta:

—Son unos grandes sinvergüenzas todos esos viejos garifos, no son de opinión como los hombres; y es a los que les va mejor, son los que más logran.

En cuanto a él, dice que siempre que se ha metido en política ha sido guiado por lo que le dice el corazón, nada más; por puesto nó, porque a un lechero de San Isidro qué podrían darle, ni *guachimán* siquiera; y hace una última consideración:

—Yo, en teniéndome Dios con salú...

En seguida es una muchacha lavandera, hermosa, frescota, sonrosada y limpia, olorosa a río y a beso de sol ardiente sobre una sabana verde, voz timbrada, clara y grata:

—¡Ah desgracia! Perdimos: dieron ya los dos pitazos. ¡Qué chanchada más grande la que nos fué a pasar! En casa toditos éramos del mismo partido; pero lo que se llama de corazón. Tener que llegar yo con la noticia. (*Se encara al lechero.*) Lo felicito. A usté seguro Ministro, se forjó...¿Fué a votar en automóvil?

—¡Chivita!... Cuánto lo siento! Lástima que no juera usté el Candidato pa darle dos votos!

Una viejecita descalza, con un saco de carbón al cuadril, sombrerito viejo y en él una insignia política, se acerca mascullando quién sabe qué palabras; trae noticias de última hora. Dice que viene del centro: en el Mercado le contaron que la sirena la habían sonado sin permiso del Presidente, alguno que se metió; el Presidente se puso muy bravo y mandó un soldado a que averiguara, con orden de que no la tocaran más hasta que él no les avisara; y a decirles a todos que todavía no fueran a creer nada.

El lechero ha escuchado atento el relato anterior: al final del mismo dice con fisga:

—¡Vaya una viejita pa vender barato! ¿A que no nos echa la feria?

Pica la bestia con la espuela y parte a trote largo calle abajo. Las mujeres han tenido que cerrar los ojos, y con las manos extendidas sobre la cara se defienden de las nubes de polvo.

Rubén Coto

Febrero de 1928.

Sandino! Lindbergh!

Por qué será que estos dos hombres de dos naciones tan diferentes, de dos razas antagónicas, parecen confundirse en nuestra mente? Al pensar en Lindbergh surge inmediatamente la figura de Sandino. Y es porque en el mundo de las hazañas, ambos se han abrazado al valor: no sabemos quién es más grande, si Lindbergh en su *Espíritu de San Luis* ante los peligros del Atlántico, ante la naturaleza enigmática, o Sandino en su *Espíritu de la Raza* desafiando las tempestades del Norte.

Sin embargo, la naturaleza fué piadosa con Lindbergh. Parece que todos los elementos se pusieran de acuerdo para dar paso al héroe. No así la nación del Norte, cuyos aeroplanos han hecho lujo y derroche de granadas disputándose la caza del libertador! Lindbergh conquistó la fama en treinta y seis horas, mientras Sandino lleva meses y meses de constancia heroica incomparable.

Oh Lindbergh, símbolo de entereza! Oh Sandino, símbolo de la raza latina! Luchadores de ideales ambos, para ellos están reservados sendos bronces que conmoverán también a un tiempo futuras y entusiastas juventudes. Para Lindbergh el valiente, el primero que cruzó por los aires el Atlántico! Para Sandino, el valiente, el primero que con denuedo se enfrentó al imperialismo yanqui!

Lindbergh salvó un oceáno!

Sandino salvó el honor de una raza!

Gloria!: ¿para quién serán tus mejores lauros?

Poetas de la América latina: habéis cantado a Lindbergh, cantad ahora a Sandino!

Fresia

San José de Costa Rica.
Febrero de 1928.

Liberia

A Ninfita Santos

De Costa Rica, es paisaje único la ciudad de Liberia, blanca sorpresa en medio de terrenos aun bastante montañosos. Liberia la blanca en que los habitantes imitando la tierra han vestido de claro toda la ciudad. Liberia es blanca hasta el punto de pensarse en la nieve, caprichos de hombres y naturaleza, en Liberia parece conservarse una capa de nieve bajo el más firme sol tropical.

Al fin de una principal avenida, en que los naranjos prestan grata compañía, y al lado de una plaza en que mano generosa plantó árboles que hoy dan de las sombras la más grata, muestra negra boca la blanca ermita de Liberia; es ella la que ha mantenido el culto ya que la Iglesia Madre está en construcción, principiada tiempo ha con piedras negras, y acaso no concluida porque la ciudad de Liberia no tolera nada contrario a su color. Es la ermita de ese tipo que alguna vez he llamado «hogares de Dios», en que simplemente se mantiene humilde llama para que no se olvide lo que debemos al Hacedor del Todo. El púlpito es una gran copa lista para trasmitir a los hombres lo que de ellos quiere Dios. Tienen las imágenes el grato sabor de lo antiguo, de todo lo labrado por la fe. Los fieles aprestan flores de papel y plumas de vivísimos colores, seguramente de aves que ha teñido el Sol. El Vía Crucis representa humildemente lo que pasó a Jesús. He oído que el material lo aprestan fieles mujeres, y es por ello y por la sombra que le comunican los árboles y por la compañía de los naranjos, que en la ermita de Liberia se respira suave fe.

Las calles están provistas de faroles que se me hacen como catedráticos provistos de su toca. No me tocó en suerte que la Luna alumbrara allí mi estada nocturna, mas he oído decir que tales noches son de tan grande claridad que en lo blanco de una carta fácil es leer lo negro que ella diga.

En nuestra paz, el cuartel poco dice de lo cruel que es una prisión, y en todo caso quien allí fuere, se encuentra en blanca reclusión. Con el asta la torre parece un niño que se entretiene con su rifle imitando belicoso juego de soldados.

La escuela es sólida, con cabida para recibir de la ciudad blanca de Liberia, todo el que quiera disipar el negro interior.

Es vadeada Liberia por las más frescas aguas, y cuentan de la quebrada del Bejuco, que quien se baña en ella se constituye en hijo de la alba ciudad.

Fuera poco amar los recuerdos, si por este decir, no nombrara a Fidencio Arias, el que fué mi amigo, y que hoy no puede leer estas líneas porque París apagó la llama de su vida; fué bondadoso como es la hospitalaria gente de Liberia, como es don Francisco Mayorga, como es su señora; grande influencia he creído siempre que tienen las ciudades sobre los habitantes, y Liberia es blanca.

Un joven francés ingenioso decía: «No he ido a Atenas porque la Rue de la Boetie en un día de nieve es Atenas, para los seres privilegiados...» Yo haciendo rima digo incitando: visítese Liberia, en pocas horas puede sentirse en Costa Rica que se visita otro país, porque Liberia la blanca, es paisaje único, no se necesita para ello ser viajero privilegiado.

Max. Jiménez



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

Hay en el campo...

Hay en el campo dos clases de dueños entre los cuales media un abismo, el dueño perezoso y el dueño trabajador. El dueño perezoso va a su finca de tarde en tarde, y lo mismo fuera que no viniese, en su hamaca meciéndose da órdenes severas y muertas, como quien no ha visto las cosas con sus propios ojos. El agua hermana pasa por su finca, pero el dueño como si no lo supiese se contenta con saludarla de lejos. El dueño trabajador se acerca al agua que pasa por sus tierras, la acaricia, la solicita, la rinde, se hace su íntimo amigo, le pone presas deteniéndola para que no se vaya, le prepara canales y declives para que vaya y vuelva por toda la finca, como un perro cariñoso; hasta en los más apartados potreros relinchan los caballos por el contento del agua, se destapa una compuerta, brota un chorro, una rueda da vuelta y se llena toda la finca de ruido y de movimiento ¡divino ruido! ¡divino movimiento! y se amontonan los productos, y el dinero, bendito sea esta vez, se va amontonando también. A este dueño trabajador sí que le sirve el agua.

A. H. Pallais, Pbro.

Nicaragua.

Los pájaros eligen su reina

Las aves montesinas y urbanas del valle de Aburrá, previas algunas reuniones privadas, resolvieron constituir una gran asamblea en una arboleda vecina del río con el objeto de nombrar una Reina. La verdad es que ellas estaban envidiosas de los estudiantes por tener éstos una soberana muy amable y guapa.

Se reunieron no hace muchos días. Lo que voy a contar me lo refirió mi amiga la vieja Lechuza, conocida de todos los que han leído mis *Cuadros*.

El primer candidato que se presentó fué el Aguila (*Spizoetus ornatus*). Esta es una grande especie de color pardo con el pico negro y un gran moño o copete en la cabeza.

Advierto a mis lectores que las elecciones en el pueblo de las aves son más serias y legítimas que las nuestras. Los partidarios de aquella noble volátil alegaban que ésta había sido reina durante luengos años y que lleva naturalmente la corona real en su cabeza. Las avecillas concurrentes se sorprendieron, suspendieron sus cantos y se dieron a protestar con chillidos dolorosos. «No queremos, dijeron, el Aguila porque es sanguinaria y guerrera; los estudiantes, de ese modo, habrían elegido para ellos una amazona o alguna mujer belicosa y soberbia».

El Aguila no obtuvo sino tres o cuatro votos, uno de ellos el del Gavilán.

Otro candidato: la Lora (*Chrysotis ochrocephala*). «Jamás, dijeron los pajaritos, que son los más numerosos en la nación alada; ésa es un ave habladora, impudente y descocada; no la amamos». Tuvo, sin embargo, dos votos. El del Perico vocinglero y el de la Guacamaya jactanciosa, sus parientes.

Se trató del noble Cóndor, pero todos aquellos animales, desde el Aguila hasta el Pato, sostuvieron que no le conocían y que no votarían por él. No obtuvo ningún sufragio.

Se acercaba el momento solemne. La Tórtola (*Lepoptila ochroptera*), andando tímida pero airosa sobre la hojarasca del bosque, se presentó lista y avispada, y luego voló a tomar su puesto entre las «aves del cielo». Acogiéronla con entusiasmo todas, aunque la mayor parte no se habían acordado de ella. Le gritaron vivas los de la asamblea, menos el Aguila, que estaba en el exceso del despecho; los Loros, que se entretenían en declamar discursos, muy largos y aburridores, en lo alto de una palma, y las Zarcetas que estaban bañándose en el río. Éstas, egoístas e inactivas, hicieron constar que a ellas no les importaba en absoluto tener reina.

Los Pájaros ganaron por su entusiasmo juvenil y fué, por aclamación, nombrada reina, la Tórtola.

La Lechuza me ha contado con ingenuidad y franqueza que la honran, cómo se alborotaron y dieron al aire sus gorjeos los pajarillos victoriosos. El Turpial se encaramó sobre una mata de plátano con dos o tres compañeros y dejaron oír el más harmonioso concepto que se ha escuchado desde hace muchos años; la Mirla y su amoroso marido cantaron un dúo que hizo estremecer la floresta; el Sinzonte, entre risas y aplausos, dijo: «Que me encanta la Tórtola, es muy natural: es más aristocrática que nosotros; es humilde, generosa y buena; alegra nuestras penas con sus dulces acentos, y jamás ha hecho mal a nadie».

¿Lo creeréis? Tórtola es hoy la reina querida y prestigiosa de la nación aérea y ante ella se prosternan la altanera Aguila, el locuaz Loro, el Sirirí impertinente, la Garza perezosa, el estúpido Pato.

Yo, que amo mis dulces amigas de las florestas, también doy mi aplauso a la gentil reina victoriosa.

¡Hurra por la Tórtola inocente y nobilísima!

Joaquín Antonio Uribe

Colombia

Judas y compañía

Cometemos una grave injusticia con Iscariote creyéndole más perverso que la misma perversidad. Judas no era sino un vulgar avaro de dinero, y, como todos los avaros, no comprendía a Cristo; no podía aquilatar su valer y su grandeza. No quería que se le matase. Fué presa del más terrible horror al saber que Cristo había sido condenado a muerte, y arrojó en el acto lejos de sí su dinero y se ahorcó. ¿Cuántos, según vuestra opinión, de nuestros actuales buscadores de dinero hubieran hecho lo mismo, cualquiera que fuese el condenado a muerte? Pero Judas era vulgar, torpe, egoísta y ladrón, y con la mano siempre puesta en el bolsillo de los pobres, no importándole nada de éstos. No comprendía al Cristo; sin embargo, creía en Él mucho más que la

mayor parte de nosotros; le había visto hacer milagros; le creía asaz fuerte para librarse por sí solo, y creía que él podía sacar de la aventura sus pequeños beneficios. El Cristo saldría de todo aquello sin gran embarazo y él tendría sus treinta dineros. Así es como razonan todos los buscadores de dinero en el universo entero. No odian a Cristo, mas no pueden comprenderle. No se inquietan por Él, pero tampoco ven nada de benéfico en su propaganda; mas en todo caso sacan su provecho, venga lo que viniere. Igualmente en toda colectividad de hombres existe siempre un cierto número de hombres metalizados, de éstos para quienes el salario es lo primero y el objeto esencial es ganarlo. Y lo ganan en verdad; lo ganan por toda clase de medios desleales, principalmente por el peso y la fuerza misma del dinero o de esto que se llama potencia del capital; es decir, el poder que el dinero, una vez ganado, ejerce sobre el trabajo del pobre, a pesar de que el capitalista puede apropiarse todo el producto, no siendo el alimento del trabajador. Este es el procedimiento del Judas moderno: «llevar la bolsa» y «guardar lo que hay dentro de ella».

J. Ruskin

Ejemplo

...los ejemplos que ofrecen las historias, como aquel de don Ramiro de Aragón, que saliendo de un monasterio a un gobierno y teniendo que partir para la batalla, al cabalgar con las manos ocupadas con adarga, lanza y espada, preguntó: «¿Y cómo llevo las riendas?» A lo que respondieron unos magnates: «Las riendas las lleva con los dientes» Anécdota que pinta cuán ocasionada está la poquedad, real o supuesta, a vivir pared en medio con la arrogancia.

Contado por
Marco Fidel Suárez.

El Reino de los Cielos

Como los discípulos comentaran la diferente actitud de Marta y de María, las hermanas de Lázaro, cuando Jesús paró en la choza fraternal, en Betania, y la primera se fué a prepararle la comida con grande afán, mientras la segunda se quedó adentro contemplándolo, el Maestro les dijo:

—A ninguna prefiero, según creéis. Pues en cada una está el reino de los cielos. Y es que cada una se muestra conmigo infinitamente generosa de lo suyo. María me da su alma, que es todo lo que tiene, en la mirada de sus ojos. Marta me da su trabajo, que es también todo cuanto posee, en el aderezo de su cocina. Veo lo mismo el reino de los cielos en los límpidos ojos de María que en el fregado cuenco de la escudilla de Marta. Y ellas lo encuentran, a su vez, en el único que posee el Hijo del Hombre, que es la bondad total para con ellas. Así no hay entre nosotros mío ni tuyo. Y dándolo todo, lo poseemos todo. Quien se da sin tasa, es el único que posee absolutamente.

—¿Qué es, entonces, Maestro, el Reino de los Cielos? —preguntó Juan.

—El infinito amor, sin deseo ni recompensa.

El tesoro de los Reyes

Cuando ante el bárbaro decreto de Herodes, la Santa Familia debió emigrar a Egipto secretamente, José enterró en el establo del natalicio el tesoro que los Reyes Magos ofrecieron pocos días antes a Jesús, con el objeto de no sobrecargar el asno. Mucho peso eran para éste, ya, la madre y el niño.

Los principales dones del tesoro consistían, según se recordará, en mirra, incienso y oro fino. Mas, sabemos por la enseñanza de eminentes teólogos, que dichas especies no eran sino una prefiguración de las tres virtudes cardinales: la mirra, amarga y dolorosa, constituía realmente la integridad heroica de la fe; el incienso, generoso en perfumar, la divina esperanza; y el oro purísimo, la perfección de la caridad.

Tesoro tan absoluto, no podía arriesgarlo José al azar de la fuga, y por eso lo dejó enterrado para siempre. Pues como la Santa Familia nunca volvió a Belén, tampoco se ha sabido jamás dónde lo puso el carpintero.

He aquí por qué, añadió el filósofo, ni los evangelios, ni nadie, dijeron una palabra más sobre el tesoro de los Magos. Lo poco que de sus maravillosos dones suele verse por ahí, proviene de algunas partículas que José dejó caer en su premura sobresaltada.

La cordura

Si quieres ser gigante,
sé hombre. Toma ejemplo de la gota
de rocío, que espeja al firmamento
en su cristalina forma.
El firmamento está en ella,
y ella es igual al firmamento ahora.
Haz como ella: llénate de cielo
y sigue siendo gota.

El tesoro inútil

Hallé un grano de oro,
lo supe guardar.
Hallé la sabiduría,
la supe estimar.
Y a costa de muchas penas
logré la verdad.
Otra vez hallé la dicha
sin haberla ido a buscar:
era una suave paloma
que aceptó cautividad.
Y un día por distracción
la dejé escapar...
¿Qué haré ahora con el oro,
con la ciencia y la verdad?

Leopoldo Lugones

Cable

Presidente y demás miembros de la Conferencia Panamericana.

La Habana.

Unión Centro Sud Americana Antillana y Unión Patriótica Haitiana protestan enérgicamente contra informe Delegado peruano Martua que al reconocer Estados Unidos derecho intervención traiciona patria y raza. Estamos seguros Conferencia condenará tal informe que equivale renuncia independencia América Latina que jamás aceptarán pueblos que la han conquistado con sangre.

Carlos León — J. Jolibois Fils

Presidentes

Un estante de libros escogidos

En la Administración del Repertorio Americano se venden los siguientes:

Joaquín Rodas M: *Morazánida*	₡ 4.00
Roberto F. Giusti: *Florencio Sánchez* (Su vida y su obra)	3.00
Roberto F. Giusti: *Enrique Federico Amiel en su Diario Intimo*	3.00
Samuel A. Lillo: *Cantos filiales*	4.00
K. Dietrich: *Figuras bizantinas*	3.50
José Chovenda: *La condena en costas*	
A. L. Valverde: *Historia del comercio*	7.00
Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	3.00
Guillermo Jiménez: *La de los ojos oblicuos*	2.50
Apuleyo: *La metamorfosis o El asno de Oro*	2.00
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados*	4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles*	10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía*	1.50
F. de la Vega: *Ideas y Comentarios*	5.00
E. Ziamatín: *De cómo se curó el doncel Erasmo*	2.25
Jaime Torres Bodet: *Margarita de niebla*	3.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas*	2.00
Luis L. Franco: *Coplas del pueblo* (1920-1926)	3.00
C. O. Bunge: *Historia del Derecho Argentino* (2 vols.)	10.00
Máximo Gorki: *Malva* y otros cuentos	0.50
Poema del Cid. Texto y traducción	2.00
R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos*	13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción*	1.50
J. Ortega y Gasset: *Espíritu de la Letra*	3.50
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
M. Meunier: *La leyenda de Sócrates*	3.50
Benito Lynch: *Las mal calladas*	4.00
R. Benedito: *Natura.* Cantos infantiles (Pasta)	8.00
Alberto Guillén: *Deucalión*	2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria*	3.00
Rodolfo Sohm: *Instituciones de Derecho privado romano* 7.ª edición	17.00
Enrique Heine: *Memorias y Cuadros de Viaje*	**5.50**
Jorge Mañach: *Estampas de San Cristóbal*	4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid*	1.00
Alberto Guillén: *El Libro de las Parábolas*	2.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea*	3.00

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica